

Y bajaron.

—La puerta de que había hablado el industrioso preso, se abrió sin trabajo; la cerradura estaba enmohecida, y la llave dió vuelta con dificultad; en fin, la puerta rodó sobre sus goznes, y los dos amigos vieron una escalera de caracol, hundiéndose en las entrañas de la tierra.

—Seguramente,—dijo Dupuis,—esto conduce á los calabozos; allí tendremos marcas que tomar; luego serémos mas numerosos, y nos podremos atrever á mas. Bajemos.

Y los dos se hundieron resueltamente debajo de la tierra.

Cuando llegaron á los últimos escalones, se encontraron en una vasta pieza subterránea, donde Dupuis no vió nada al principio, porque la luz que llevaba no podía alumbrar mas que una parte de la pieza; pero el conde de Bréderode, que así como lo decia, teia realmente ojos de lince, dijo inmediatamente:

—Estamos en la cueva del gobernador.... Càspita! Está ricamente amueblada!... Y seguramente que no es este imbécil de Bernaville, hoy gobernador interino, quien la ha amueblado tan bien.

—Sí,—dijo Dupuis que había dado algunos pasos,—mirad un rico ajuar; ni un tonel vacío!

—Y esas pilas de botellas!... Burdeos.... Màcon.... Champaña.... Málaga.... los hay de todos los países. Parece que el último gobernador, el señor de Bellefonds, era un aficionado; pero esta cueva debe de tener otra salida.

—Eso es cierto; porque noté que al abrirse la puerta, desgarró largas telarañas. Es preciso no aventurarnos mas por hoy.

—Sin duda; pero este es el caso de acordarnos que estamos en país enemigo, y de imponer un préstamo forzoso que pueda endulzar un poco el fastidio de la cautividad.

Dupuis no era hombre que retrocediera ante semejante proposicion; los dos amigos se echaron sobre las botellas llenas; cogieron tantas cuantas pudieron llevar, y se retiraron con ese precioso botín, prometiéndose no contentarse con esa primera expedicion subterránea.

Despues de haber dejado las botellas en el cuarto de Dupuis, los dos amigos comenzaron sus visitas.

Es preciso renunciar á pintar la sorpresa de los desgraciados cautivos cuando vieron entrar en sus cuartos unos hombres de buena apariencia, con aire de franqueza y riendo.

Habia preguntas hasta no acabar, trasportes de alegría y protestas de reconocimiento que los visitantes se veian obligados á interrumpir á fin de poder reunir á todo el mundo.

El primer personaje en cuyo aposento entraron, fué el marqués de la Baldonière, hombre de gran inteligencia, cuyo crimen era haberse entregado con ardor al estudio de la química.

Habia sido denunciado como mágico por su intendente, y como cómplice de la marquesa su muger, y hacia dos años que estaban presos.

Hallábanse en el mismo piso del Torreón, y se creían muy léjos el uno del otro.

Júzguese de su alegría cuando se volvieron à ver!



En seguida, los dos libertadores entraron en la casa de Thunn, acusado de haber estado en correspondencia con muchos señores alemanes parientes suyos; luego con el príncipe de la Riccia, pariente y amigo del Papa, señor extraordinariamente rico, preso á consecuencia de una intriga diplomática.

—Señores,—dijo este personaje á los dos amigos cuando le hubieron dicho como habían podido entrar en su cuarto,—habeis hecho bien en haber pensado en aliviar los males de vuestros compañeros de infortunio; pero aquí hay presos á quienes es preciso dejar adonde están; en el cuarto piso hay envenenadores tales como Lesage y Guibourg, sacerdotes los dos y dignos de la horca. Duran-

te algun tiempo he gozado aquí de mucha libertad, y puedo indicaros las puertas que no debeis abrir.

Los visitantes, conducidos por ese guía, entraron sucesivamente en los cuartos de Mariana la bruja, del conde de Walstein, antiguo embajador de Austria en Portugal, y de Delfino su secretario; de la señora de Guyon, la iluminada, y de muchos otros entre los cuales debemos mencionar á un canónigo de Beauvais, llamado Raoul Foi, quien para librarse de una pena disciplinaria que le habian causado sus desórdenes, habia denunciado á todo el capitulo de que hacia parte, de haber formado un complot contra la vida del rey.

Todos esos personajes se reunieron en el aposento de Dupuis, donde cada uno llevó su vaso y su silla, y pasaron alegremente la noche, vaciando las botellas del gobernador, y haciendo proyectos para el porvenir.

Al amanecer se separaron, y cada uno volvió muy tranquilo á su aposento, excepto el canónigo, que estaba tan ebrio, que fué necesario llevarle hasta su cama.

—Señor,—dijo á Dupuis el príncipe de la Riccia,—siento mucho que ese hombre sea de los nuestros; es un miserable capaz de todo, y tengo miedo de que nos venda.

—Tranquilizaos,—dijo Dupuis,—no saldrá mas de su cuarto, y compraré su silencio dándole vino.

En efecto, á la noche siguiente fué al cuarto del canónigo llevando muchas botellas.

—Señor,—le dijo—nuestra reunion ha hecho mucho ruido; es absolutamente preciso que durante algun tiempo no salgamos de nuestros cuartos. Aquí tenéis vino, todos los dias os traeré dos botellas. Ya comprendéis que si me traicionais, perdereis esta dulzura, y ademas, debo deciros, que de todos modos hallaria yo medio de llegar hasta vos y de estrangularos como si fuérais un perro. Ahora, buenas noches, y hasta mañana.

El canónigo no manifestó ofenderse de esa alocucion un poco escéntrica.

Prometió guardar religiosamente el secreto, y Dupuis, ya tranquilo fué á abrir á todos los otros, quienes, lo mismo que la vispera, se reunieron en su cuarto.

Estas reuniones eran encantadoras.

El príncipe de La Riccia, que tenia permiso de que le llevaran víveres de afuera, y una fortuna inmensa, segun hemos dicho, hacia la mayor parte de los gastos de la mesa.

Dupuis continuaba visitando la mesa del gobernador, y todo iba mejor.

Desgraciadamente eso no debia durar mucho tiempo.

Una noche, despues de su acostumbrada y alegre cena, discutian los convidados un proyecto de evasion por el conde de Bréderode, cuando el marqués de La Baldonnière que acababa de tomar la palabra, fué interrumpido por cierto ruido que venia de la escalera.

—Estamos perdidos!—esclamó Dupuis,—hace dos dias que no voy á ver al canónigo.

Apénas habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyeron sonar las culatas de los fusiles en el descanso.

Casi al mismo instante se abrió la puerta, y entró el gobernador Bernaville, rodeado de llaveros y seguido de soldados.

—Que nadie se mueva!—esclamó el gobernador con una voz alterada por el furor.—Vos teneis llaves falsas, entregádmelas al momento.

Nadie respondió.

Las llaves estaban seguras, porque al primer ruido, Dupuis las habia ocultado en un escondite practicado en su chimenea, donde, á ménos de un milagro, nadie hubiera podido encontrarlas.

—Ah! Os rehusais,—continuó Bernaville mas y mas furioso,—me queréis obligar á todo!... Pues bien! Voy á haceros engrillar y encerrar en el calabazo de donde seguramente no saldrán algunos sino para ir á la horca.

—Señor,—dijo el conde de Bréderode,—cómo se os ha de obedecer cuando pedis lo imposible? Queréis que os demos llaves, y no las tenemos.

—Pretendeis hacerme creer que se han abierto solas las puertas de vuestros cuartos?

—Y por qué no lo creeriais? No tenemos aquí muchos brujos y muchas brujas? Os prevengo que no veais mas que una muestra de nuestro poder, y que si estais bastante mal aconsejado para usar de rigor con nosotros, estamos en posicion de haceros arrepentir amargamente.

—Ah! esto es demasiado. Que se comience por este pisaverde que se atreve á amenazarme.

Dos llaveros se lanzaron hácia el conde, pero fueron detenidos por el príncipe de La Riccia, quien se interpuso diciendo á Bernaville:

—Detened á vuestros dogos, ó yo seré quien os haga arrepentir de vuestras violencias. Demasiado sabeis, miserable, que algunos de vuestros crímenes me son demasiado conocidos, y que no tengo mas que hacer llegar á quien debo una palabra, para que se os trate como mereceis, y esto esto me es muy fácil, porque no os atreveréis á ponerme en el calabozo á mí, príncipe de La Riccia, sobrino del Papa, y amigo de la reina Ana de Inglaterra.

Bernaville se ahogaba de furor, porque en efecto, no podia secuestrar al príncipe, quien recibia francamente las visitas de muchos grandes personajes que gozaban de favor en la corte.

—Lo mejor que podeis hacer,—replicó el príncipe de La Riccia,—es permitirnos volver tranquilamente á nuestros cuartos, y dejarnos en ellos en paz.

—Lo haré por consideracion á V. A.,—respondió Bernaville, quien apénas podia hablar, sofocado por la colera, que no podia desahogar.

—Y me prometéis no maltratar á las personas presentes?

—Lo prometo por vos.

—Vamos, señores,—dijo alegremente el príncipe á sus compañeros de infortunio,—dad la mano á las damas.

Todos se levantaron, y algunos minutos despues, cada uno estaba en su cuarto.

Al dia siguiente Bernaville hizo cambiar todas las chapas.

Dupuis por su parte se disponia á fundir llaves; pero no tuvo tiempo para ello.

Habiendo sido nombrado Bernaville teniente de la Bastilla, y temiendo las relaciones del príncipe y de sus protegidos, solicitó y obtuvo llevar á todos aquellos presos á la fortaleza de la calle de San Antonio.

Poco tiempo despues, el príncipe de La Riccia fué puesto en libertad por solicitud de la reina de Inglaterra.

El conde de Thunn murió en Vincennes, pocos dias despues de que habian puesto preso á su hijo, á quien no tuvo el consuelo de abrazar.

El conde de Bréderode pasó doce años en la Bastilla, y habiéndose enfermado despues de ese tiempo, fué llevado al hospital de la Caridad, donde murió.

En cuanto á Dupuis, cuando llegó á su nueva prision, volvió á tomar marcas y á convertir en llaves la vajilla de estaño.

Tenia por vecino á un corredor del nuncio del Papa, que estaba preso por haber dicho en una tarbena que era capaz de defenderse contra cualquiera que le atacara, aunque fuese un príncipe, y aun el mismo rey.

Dupuis, despues de haber entrado en el cuarto de ese hombre, le habia confiado su secreto, á fin de que le ayudase á ponerse en correspondencia con los otros presos de la torre de Paris donde se hallaban.

—Eso no nos conducirá á nada,—le dijo el corredor:—hagamos mas bien las llaves necesarias para penetrar en las cocinas. De ahí, quitando una barra, nos será fácil bajar al foso. Le atravesamos, y aunque la galería del otro lado esté á mas de quince piés sobre el agua, os garantizo que no dilatarémos cinco minutos para escalarla. De allí os echaré una cuerda que harémos con nuestras camisas, y os liaré hácia mí.

La proposicion fué aceptada.

Todo pasó como lo habia dicho el corredor, quien en cuanto se vió libre, se apresuró á ganar la Italia, su país.

Dupuis, ménos prudente, se detuvo en Lyon donde se escondió.

Al cabo de algun tiempo, persuadido de que todo se habia olvidado, no tomó mas precauciones y vivió como si no tuviera absolutamente nada que temer.

Esta imprudencia le costó caro.

Reconocido por un escento de Paris, un dia que jugaba á la pelota, fué arrestado y llevado á la Bastilla, donde Bernaville le hizo poner en un calabozo con grillos y con esposas.

El desgraciado no recobró la libertad, sino despues de haber sufrido diez años de espantoso suplicio.

Tales eran las Prisiones de Estado, bajo el reinado del príncipe á quien se llamaba *El gran rey*, y quien realmente no fué mas que un tirano cruel.

Grandes hombres, en verdad, ilustraron la Francia en ese siglo llamado de Luis XIV, aun cuando con mas justicia se le debe llamar el siglo de Racine, de Molière, de Boileau, de la Fontaine, &c.; pero esto no impidió que la justicia se vendiese y que el pueblo estuviese sometido al mas odioso poder arbitrario.

El Estado soy yo, decia este rey.

Y quién era él, sino el despotismo encarnado, el hombre sin entrañas, para quien el pueblo no tenia bastantes sudores, lágrimas y sangre, el devoto, imbecil y furioso, que por la revocacion del edicto de Nántes, obligaba á trescientos mil de sus súbditos á espatriarse, y que hacia que sus soldados esterminaran á otros tantos.

Con todo, aquellos no eran los que mas compasion inspiraban, y los desgraciados que en el Torreón de Vincennes, sufrían las angustias de la desesperacion, hubieran podido envidiar la suerte de aquellos á quienes martirizaban en las Cevennes.

No los perseguian dragones borrachos con espada en mano; pero estaban á discrecion de un gobernador, de un teniente, de carceleros mucho mas feroces los unos que los otros.

No tenían que esperar jueces, y sin embargo, muchas veces sucedia que se les sometia al tormento para arrancarles confesiones que no eran casi siempre mas que mentiras debidas á horribles padecimientos.

Allí, como en la Bastilla, y como en el infierno del Dante, al entrar se dejaba en la puerta la esperanza.

Sin duda que es penoso, pero útil recordar lo que pasa, manifestar su horrible falsedad, decir todos sus espantosos detalles, no para impedir que vuelvan á suceder, porque esto es imposible, sino para hacer un homenaje á lo presente, echando sobre esas trincheras del despotismo, un rayo del sol de la libertad.